

usura y la especulación, y, consecuencia de todo esto, un espíritu nuevo en todos los chilenos, espíritu de ahínco en el esfuerzo, de fé en el trabajo, de sobriedad en las costumbres; he aquí el fruto. Si en medio del régimen pasado, el mozo aprendía que la sociedad era injusta y que sólo el medro, la astucia, la adulación y el favor electoral hacían surgir, hoy aún los pillos parecen convencidos de que no hay mejor negocio que ser honrado.

No se deje Ud. engañar por interesados ni por caídos, ni por esos teóricos que viven con la democracia de Trajano y Solón y creen que todavía puede el mundo, después de la Guerra Europea, levantarse sobre la Declaración de los Derechos del Hombre. Esos demócratas con la boca llena de democracia siglo XIX son los conservadores hoy. El derecho es una cosa viva y las crisis del mundo lo crean de nuevo. Sus leyes no permanecen como las del juego de ajedrez. Un código nuevo crea una normalidad, la normalidad propia de su tiempo. Luego, las realidades andan, modifican la estructura del mundo, y el choque de ellas con el derecho envejecido producen las crisis en las cuales lo caduco se derrumba. Entonces parece que no hubiera derecho, porque los pueblos se las arreglan como pueden, como la realidad les exige; pero se ve pronto que reaparece y no ha hecho sino renovarse. ¡Ay del pueblo que en su instinto carece de este sentido! Chile, afortunadamente, lo tiene y por esto renace.

Esto es nuestro país hoy, un renacido. Y no crea Ud. en cartas majaderas. Ha habido deportaciones en Chile, sí. ¿Y qué? Ud. es educador y sabe que educar es cumplir un proceso de formación de hábitos, como sabe que reeducar es conseguir un

proceso de concluir con hábitos malos y formar nuevos. ¿Puede hacerse esto sin apartamiento de quienes perturban? Usted ha celebrado la revolución de México. ¿Hubo poca violencia en ella? Yo recuerdo que un mejicano residente en Chile hace poco, cuando aun el Coronel Ibáñez tenía que luchar contra la reacción, opinaba que no triunfaríamos mientras no sufriéramos "la purificación de la sangre". Ibáñez, sin embargo, chileno, duro pero sereno como tal, de vista larga y alma bondadosa, sencilla y recta, prefirió un camino más lento. Y hoy tiene la gloria de habernos conducido a este fin sin un duelo. El haber conjurado la guerra civil da tal vez el blasón más grato al Coronel Ibáñez. Gracias a ello trabajamos sin odio y los adversarios de ayer cooperan hoy. No cuentan, naturalmente, los rencorcillos empedernidos de sobrevivientes de esos partidos políticos anacrónicos, dentro de cuyos organismos muertos se proclama ya la necesidad de renovar sus programas y hasta sus hombres.

No sé si esta carta precipitada merezca la publicación en *Repertorio Americano*. Si no su forma atropellada, creo que su contenido la merece. Sobre todo, porque le han sorprendido a Ud., gentes sin solvencia de ninguna especie, con cartas que pueden desprestigiar a este país al cual Ud.—lo sé—quiere de veras. Luego, porque mi firma tiene entre los escritores y lectores de América por lo menos el antecedente de una vida pura, sin políticas, sin intereses personales, y ello debe añadir fé a la verdad.

Y por no invadir mucho espacio en *Repertorio*, concluyo, mi querido García Monge; eso sí, con el más efusivo *shake hands*.

EDUARDO BARRIOS

angustias de una viuda; el gemido de los huérfanos; la indignación solidaria de los pueblos que cobijan el Planeta y el germen de una doctrina que no carbonizará jamás la silla eléctrica!

¿Pero cómo explicar tamaño crimen perpetrado por la *justicia* de los vástagos de aquellos próceres que con Jefferson y Adams dictaron para todos los hombres el decálogo de los derechos y que todavía mantienen viva en el estuario incomparable del puerto titánico la más deslumbrante antorcha que se haya encendido para honrar la Libertad?

El puñal de «la mano negra» que otrora desvalijara sólo al paseante en los suburbios del Barrio Chino, llega en cierto minuto a rasgar la pechera de los potentados de la Quinta Avenida y a convertirse en una pistola macabra que dispara ciega contra los guardianes del esoro que los Bancos multimillonarios encierran en sus arcaes de acero; constituye una amenaza dantesca para el turista; colma de terror al comerciante; llena de pánico al empresario; eriza los nervios del obrero; roba la tranquilidad y el sueño al agricultor fecundo y destellea con fulgores horripilantes, como estoque mefistofélico sobre la civilización, en la urbe de los rascacielos y sobre el progreso, en la anchurosa pradera donde el esfuerzo y el tesón del labriego truecan la tierra en frutos, las áridas rocas en pepitas de oro y el bosque agreste en templos para el hogar que bendice la luz del sol. Se acerca el apachismo disfrazado de caballero a todas las ventanillas de «Caja»,—algunas veces ostentando en la solapa emblemas de honor, pero siempre dispuesto al disparo con la Brown que da lugar en un solo fogonazo a nueve muertes,—para burlar la houradez con la amenaza del plomo, arrebatarse en un segundo impetuoso todas las águilas acumuladas por el ahorro, la discreción y el tiempo, y establecer el terror del *hands-up* que desgozna en su misma base toda la armonía social. La cerradura indescifrable de las alcancías de Marvin resulta inútil, así como la probidad más templada de los Cajeros y Pagadores degenera en hilarante comentario de cantina, frente a las pistolas severas de la «mano negra» que donde quiera dejan la muerte y se llevan el oro. La burguesía grita; el proletariado llora; cien millones de habitantes se conmueven y el Gobierno de la más grande Federación que hayan nunca visto las edades, cierra un puño y abre dos ojos...!

Los Estados Unidos son una nación pero no un pueblo, en el sentido etnológico del vocablo. «Allí el ruso, el calmuco y el boruso y toda obra y todo uso a la tierra nueva es fiel, pues se ajusta y se acomoda toda fe y manera toda a lo que hace, lima y poda el sin par Tío Samuel»—como en trova inmarcesible apuntáralo Rubén Los blancos de ojos grises, que dejaron sus madres en Escandinavia o en Irlanda; los negros que en Berbería buscan el Panteón de sus mayores; los amarillos que

## La silla eléctrica

Para don Ricardo Jiménez, escudo de Costa Rica

UNA onda de espanto circuló por el mundo; la flama de la protesta se encendió en el corazón de los hombres; el clamor universal compitiendo con el trueno escaló los Cielos; por primera vez acaso en la accidentada historia de los siglos la compasión eslabonó las almas y el Verbo del Calvario halló eco generoso en la piedad humana... cuando el Gobernador Fuller, oculto tras los muros inexpugnables de una residencia señorial que doscientas ametralladoras blindaron contra la indignación popular y que un dique aterrador de milicias pretoriales formara para defenderla de las corrientes reivindicadoras, lanzó desde Boston—desde la cuna de Benjamín Franklin; desde la misma ciudad que hace 157 años anunciara con un cañonazo en el Fuerte de William el advenimiento de los derechos ciudadanos y de los nuevos retoños sociales y de la independencia de las naciones—el veredicto fa-

tal que condenaba a la cámara electroliante de Charleston la vida rica de dos pobres obreros, que con el pie en la alpargata y la frente en el ideal, presentando pasaportes italos, desembarcaron, hacía más de un lustro, en la Metrópoli del Comercio para conquistar el porvenir.

Sacco y Vanzetti, llamando a las puertas de Nueva York.—cuando la devastación europea, como una marejada dejaba en las playas de América los brazos supervivientes de la guerra,—recuerdan el menesteroso de Génova ante el pórtico de la Rábida. Se les franqueó la entrada; consiguieron allí pan para mitigar el hambre, pero se les puso en el camino de la inmortalidad que les dio la muerte! De Colón queda más que un Continente, toda la Tierra que por él es redonda; de Sacco y Vanzetti: el puñado de cenizas que hoy lleva un Trasatlántico con rumbo hacia el Adriático; los llantos de una hermana, las